



GALERÍA HABANA  
ABRIL 1992

EZEQUIEL S.G.

## Reflexión y arquitectura del esqueleto

Porque no gustan los paisajes, las personas, las parábolas y las paradojas, me gusta la pintura de Ezequiel S. G. Ezequiel muestra con desenfadado y reflexión la arquitectura de su esqueleto, y pinta hombres sólidos, compactos, nacidos y monumentales. Ezequiel es introvertido, hermético y medio mudo, y pinta personajes elocuentes que cuentan, cantan y conversan en diálogos sin fin. Ezequiel es lector atento y apasionado de buena poesía y prosa, y pinta gentes que blasfeman, saltan y vituperan con buenas y malas palabras. Ezequiel es serio, sensible, sosegado, tranquilo, grave, pero su pintura tiene tal carga de ironía, sátira y humor, que desconcierta, desarma, desanima y desbarata el espíritu de la mediocridad.

En la historia de la pintura cubana se pueden encontrar con relativa frecuencia pintores que pintan sus sueños y realidad, muy pocos como Ezequiel S. G. que vuelquen, como en una necesaria catarsis, sus más inquietantes y absurdas pesadillas. Si hay obra de autor nuestro con la que el trabajo de Ezequiel tiene cercano y secreto parentesco es con la del escritor Virgilio Piñera. Como Virgilio, Ezequiel ha descubierto y mostrado: lo tierno en lo grotesco, la esperanza en la sagustia, lo dulce en la sal, el humor en lo trágico y lo lógico en lo absurdo.

La pintura de Ezequiel es adecuada para decorar submarinos, porque es pintura profunda. Pertinente para colgar en las paredes de las consultas y salas de hospitales psiquiátricos, porque es catártica. Apropriada para las aulas de estudios universitarios, porque hace pensar. Oportuna para situar en las carpas de los circos, porque es pintura de acrobacia, equilibrio, magia, mueca, peligro y payasada. La pintura de Ezequiel no es conveniente para decorar barcos, botes o balsas, porque no es superficial. Ni adecuada para combinarla con los colores de las paredes o las ropas, porque es pintura que rompe ventanas en los muros y en la tontería, frivolidad y mediocridad humana.

El espíritu de la mediocridad hace creer, que si uno tiene ropas, casas y cosas caras, uno es mejor de lo que es. Hace creer que si uno es famoso o popular es mejor que si es desconocido.

El espíritu de la mediocridad hace que se tengan respuestas para todo antes que se tengan las preguntas. Hace que si un libro, una música, una pintura o una película están de moda, uno demuestra con entusiasmo que le gustan, aunque lo aborran y deserman.

Hace creer que si uno tiene automóvil es mejor que el que anda a pie. El espíritu de la mediocridad hace creer, que es mejor ser bonito que feo, mejor ser alto que bajo, mejor ser joven que viejo, que es más inteligente el viejo que el joven, que es mejor tener pelo que ser calvo. El espíritu de la mediocridad hace creer que uno es mejor persona si es arquitecto, ingeniero, médico, presidente de un banco, novelista, pintor, poeta, pelotero o artista de cine, que si uno es mecánico, carpintero, campesino, albañil, pescador o pecador.

La pintura de Ezequiel no es expresionista ni neoespressionista, es expresionista, porque le saca el zumo a la realidad. No es moderna ni post-moderna, es post-operatoria, porque surge después de una larga, compleja y sangrienta operación. No es conceptual ni neoconceptual, es concienzuda, porque cada cuadro es el producto de un escrupuloso, minucioso y meticuloso trabajo.

Tampoco es new wave ni New York, es Jaguey Grande, que es el mundo donde el pintor pasó su infancia y tuvo las primeras vivencias, formaciones y deformaciones que, ahora, enriquecidas y simbolizadas, muestra en su persona y en su obra.

Yoairo y admiro la pintura de Ezequiel S. G. porque es una guerra, una hamba, un brulote y una burla contra el hombre deshumanizado, los sentimientos deformados y el espíritu de la mediocridad.

Manuel Vidal

## Sobre uno de los hombros de Ezequiel

( fragmento )

"Trabajos libres" llama Ezequiel a estas obras. Y uno debe detenerse entonces en el significado de la palabra libertad. Todos hemos gozado de algunas formas de la libertad y sufrido también con algunas de sus cotidianas desapariciones. Pero cada cual tiene que remitirse a su propia experiencia. Para unos es suficiente libertad poder mover las alas dentro de la jaula. Para otros no hay suficiente espacio en todo el universo para sentirse libre. No he preguntado a Ezequiel sobre su concepto de libertad. No me interesan tanto los conceptos. Convivi durante varios días con las pinturas de Ezequiel como para sacar mis propias conclusiones. ( 0 suposiciones, desde luego ). Una de ellas sería esta : que a Ezequiel le resulta difícil ser libre. No me engaña la palabra "libre" que tanto anuncian sus trabajos. A fuerza de insistir en la tal libertad uno termina por sospechar que hay una especie de no confesada opresión detrás de todo esto. Como si se ocultara la marca de un grillete. En dos palabras : que estos trabajos no nacieron libres. Que hubo necesidad de violentar algún estado previo para alcanzar este nivel actual de libertad. Y este proceso -- que supongo trabajoso, pero que no tiene porque serlo -- puede seguirse con toda claridad a lo largo de la secuencia numerada que conforma la serie y que, al menos en su despliegue original ( posteriormente rectificado por Ezequiel para esta exposición ) se denuncia como un proceso de paulatina descomposición. Este proceso de descomposición formal, pero también de desesperación, de inconodidad, de rebelión interna, tiene, según mi opinión, dos fuentes importantes de estímulo : la proximidad de la obra de la pintora Sandra Ceballos (su mujer) y el descubrimiento de la pintura popular cubana ( Coello, por ejemplo ). Si hay o no en Ezequiel una predisposición innata para aceptar estos estimulantes es algo que no podría afirmar. Algunas de las ( para mí ) mejores obras de esta serie -- que alguna vez se conociera solamente como "serie de los hombros" --- desmentirían rotundamente esta afirmación. No me streré a enumerar en público mis preferencias (¿ y por que no? : los números 2,4,7,9,14,16,17,19, 24 y 25, por ejemplo ) pero sí a sugerir que no basta ser "libre" o desahogado o arbitrario para hacer una buena obra. No es un requisito. Y muchas de las obras "prisioneras" de Ezequiel, las más serenas y compostas, son sin lugar a dudas buenas obras. más reconcentradas, reflexivas, de una ironía oscura, melancólica. ¿ No será este el lenguaje natural de Ezequiel? Pasando por alto algunas ideas y algunos recursos más o menos estrafalarios, de gusto solamente chocante o efectista, lo que hay de permanente en la poética de Ezequiel, o al menos lo que puede pretender convertirse en algo permanente, parece provenir de una sensibilidad muy asordada, sin estridencias, de matices más o menos sombríos, casi carente de gestos violentos, con toques de ingenuidad, de malicia infantil y a la vez de humor frío, intelectual. Un arte en extremo subjetivo, a veces casi metafísico, pero sin la menor grandilocuencia. La pintura de Ezequiel produce entonces una rarísima explosión sin ruido, un estallido subterráneo, secreto, bastante insolito en el panorama más bien carnavalesco de la pintura cubana de los últimos tiempos. Esta contención, este voluntario asordamiento, esta serenidad internamente en crisis, tiene su correlato formal en la simplicidad y el sintetismo de las imágenes, casi siempre aplanadas, tersas de toda distracción, de toda idea paralela o contrastante. Ezequiel aglutina escultóricamente lo esencial en una sola o muy pocas figuras y enfatiza un acontecimiento aparentemente muy simple ( un cazador rodeado de pajaros, un pescador con su vara, un gato, un aguacate, un tatuaje ) que puede funcionar solo como recurso literario, o confesadamente simbólico, pero que es en el fondo uno de los pretextos para desarrollar eso que parece ser el acontecimiento fundamental de todo hecho pictórico: la pintura misma. El carácter enigmático de la obra de Ezequiel depende en gran medida de esto. Aunque la particular obsesión con el hombre a menudo se robe el espectáculo. El hombre ( y sabe Dios por que ) resulta ser el escenario predilecto de Ezequiel para desarrollar estas breves escenas o presentar estos objetos. Casi dotado de vida propia, independiente, el hombre juega en estos trabajos de Ezequiel un papel protagonista: dialoga sobre la comida o sobre Dios, se queja, contempla pintura, suena. El desplazamiento del centro de la acción y de la reflexión hacia este hombre y también con la muerte de la mano, que al ser cercenada provoca una liberación. ¿ A que pudiera hallarse referida esta metáfora? ¿ al acto mismo de pintar, de expresarse? ¿ Solo a eso? Sería muy simple. El sentido total de los "trabajos libres" ( "en tiempo de paz" ), como titula Ezequiel esta primera muestra personal) nos deja simplemente en suspenso. El verdadero núcleo del problema permanece en la sombra, provocando nuevas suposiciones. ¿ No es esto suficiente regalo? Quizás mirando y admirando la rara calidad de la obra de Ezequiel se nos pose de repente en el hombro el misterioso pajarito que sabe todos los secretos.

Orlando Hernández.  
8 de febrero de 1992